

Noticias históricas de interés

La memoria facultativa de la dedicación de la basílica de San Pedro, en la colina del Vaticano, hacia el año 350, y de la basílica de San Pablo en la vía Ostiense, hacia el año 390, se celebra en la fecha que aparece ya desde el siglo XI en un martirologio de san Pedro. La **basílica de San Pedro**, construida por Constantino varios años después de la batalla del puente Milvio (y terminada por sus hijos), está situada en un cementerio abierto, desde los siglos I-II, para sepultura de los pobres, y después de los ricos (hoy pueden contemplarse, además de los columbarios, una veintena de mausoleos), en el cual después los cristianos, a través de sus inhumaciones (que sustituyeron a las incineraciones paganas), construyeron sus tumbas. En esta amplia necrópolis pagana y cristiana se encuentran, a finales del siglo II, tres nichos excavados y superpuestos, el tercero de los cuales constituía aquel pequeño «trofeo» que el sacerdote Cayo, hacia el año 200, indicaba con estas palabras: «y yo puedo mostraros los trofeos de los apóstoles, ya que si tú vas al Vaticano o a la vía Ostiense encontrarás los trofeos de esta Iglesia» (EUSEBIO, HE II 25,7).

Las excavaciones para descubrir la antigua basílica constantiniana, compuesta por cinco naves, un transepto y un ábside en forma de hemiciclo y levantada sobre la terraza que colmaba el desnivel del terreno, han sido realizadas de 1940 a 1949. Según las declaraciones del mismo Pío XII en 1950, dieron los siguientes resultados. Es seguro el hallazgo de la tumba del apóstol Pedro; no es segura la identificación de sus reliquias con los restos de huesos humanos encontrados a las orillas del sepulcro. Es asimismo seguro que la tumba del apóstol fue visitada varias veces después de Constantino; por eso los papas han salvado las reliquias dividiéndolas (la cabeza es venerada en Letrán); la tumba fue violada para llevarse los metales preciosos que la recubrían).

Hoy la basílica vaticana, que ha sustituido a la milenaria basílica constantiniana, construida sobre la necrópolis abatida para no desplazar el monumento funerario del apóstol, lleva un baldaquino en el centro, no geométrico (como hubiera deseado con su proyecto de cruz griega Miguel Ángel, que trabajó en él de 1546 a 1564), elevado por Bernini en 1623 sobre el altar mayor. Debajo, perpendicularmente, a una profundidad de casi cien metros, se encuentra la tumba de san Pedro, símbolo de la unidad de la Iglesia para todos los católicos.

La **basílica de San Pablo**, consagrada de nuevo (tras el incendio de 1823) por Pío IX el 10 de diciembre de 1854, está construida quizá sobre el trofeo del apóstol indicado por Cayo, sobre el cual elevó Constantino tal vez una pequeña

basílica (en 1850 se encontró un minúsculo ábside al oeste de la confesión). Ciertamente sustituye a la gran basílica de los tres emperadores del siglo IV (Valentiano II en el año 386, y más tarde Teodosio y Honorio), que imitaba a la basílica constantiniana del Vaticano, pero que estaba orientada de modo inverso, es decir, con el ábside hacia el este (el celebrante da la espalda al pueblo para mirar hacia oriente). Esta primitiva basílica, consagrada por el papa Siricio en el siglo IV y restaurada posteriormente por san León, está regida, desde el siglo VIII, por monjes benedictinos, como supervivencia de los monasterios basilicales de la Edad Media. *(Informaciones de E.Lodi)*



Elogio de los dos apóstoles, por San León Magno

Vale mucho a los ojos del Señor la vida de sus fieles, y ningún género de crueldad puede destruir la religión fundada en el misterio de la cruz de Cristo. Las persecuciones no son en detrimento, sino en provecho de la Iglesia, y el campo del Señor se viste siempre con una cosecha más rica al nacer multiplicados los granos que caen uno a uno.

Por esto, los millares de bienaventurados mártires atestiguan cuán abundante es la prole en que se han multiplicado estos dos insignes vástagos plantados por Dios, ya que aquéllos, emulando los triunfos de los apóstoles, han rodeado nuestra ciudad por todos lados con una multitud purpurada y rutilante, y la han coronado a manera de una diadema formada por una hermosa variedad de piedras preciosas.

De esta protección, amadísimos hermanos, preparada por Dios para nosotros como un ejemplo de paciencia y para fortalecer nuestra fe, hemos de alegrarnos siempre que celebramos la conmemoración de cualquiera de los santos, pero nuestra alegría ha de ser mayor aún cuando se trata de conmemorar a estos padres, que destacan por encima de los demás, ya que la gracia de Dios los elevó, entre los miembros de la Iglesia, a tan alto lugar, que los puso como los dos ojos de aquel cuerpo cuya cabeza es Cristo. Respecto a sus méritos y virtudes, que exceden cuanto pueda decirse, no debemos hacer distinción ni oposición alguna, ya que son iguales en la elección, semejantes en el trabajo, parecidos en la muerte.

Como nosotros mismos hemos experimentado y han comprobado nuestros mayores, creemos y confiamos que no ha de faltarnos la ayuda de las oraciones de nuestros particulares patronos, para obtener la misericordia de Dios en medio de las dificultades de esta vida; y así, cuanto más nos oprime el peso de nuestros pecados, tanto más levantarán nuestros ánimos los méritos de los apóstoles. *(Del oficio de lectura)*